

La Gran Recesión y el mundo después de la crisis

Ramón Barinaga Osinalde

GAUTENA

<gautena@sarenet.es>

2007. urtean hasitako atzeraldi ekonomiko nabarmenez gogoeta batzuek jaso ditu artikuluhonen egileak, betiere egitasmoa betetzeko ekonomia eta soziologiaren egile batzuen testuak oinarri hartzen dituelarik. Testuaren xedea da egoeraren kausak ezagutarazi eta etorkizuneko bide-orri egoki baten ezaugarriak azaltzea, modu osasungarriago batean beharrezko ekonomia eta gizartearen oinarriak finkatzen lagungarri gertatzeko.

HITZ-GAKOAK:

krisia, atzeraldia, Ongizate-Estatua, iraunkortasuna, etorkizuna.

De la mano de diversos autores que trabajan principalmente en el ámbito de la economía y la sociología, el autor de este artículo expone algunas consideraciones sobre la Gran Recesión iniciada en 2007. El objetivo del texto es intentar comprender las causas que la han generado, y anticipar las características que habría de tener una hoja de ruta que permitiera proyectar a futuro, de manera más saludable, los fundamentos económicos y sociales.

PALABRAS CLAVE:

crisis, recesión, Estado del bienestar, sostenibilidad, futuro.

1. Introducción

La crisis iniciada en 2007 está afectando al equilibrio entre competitividad y cohesión social alcanzado históricamente en las sociedades más avanzadas en las tres décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Tal equilibrio se viene deteriorando, de hecho, desde el último tercio del siglo pasado por diversas razones entre las que, junto a las nuevas realidades demográficas y socio-lógicas, destacan la globalización de la economía y el auge de una concepción fundamentalista de mercado, que aboga por una mínima intervención pública en la economía, una reducida presión fiscal, y la desregulación financiera.

En Europa, escenario por antonomasia del Estado del bienestar, iniciamos el siglo XXI con una unificación monetaria que, si bien reflejaba en parte la voluntad de un funcionamiento más integrado entre los países del Viejo Continente, no llevó consigo la progresiva homogeneización de las políticas fiscales y el establecimiento de una gobernanza económica, que, en momentos de turbulencias, hubiera dado verdadera solvencia a la nueva divisa.

Así, en los últimos meses de 2011, cuatro años después del inicio de la crisis, el problema de la deuda soberana, déficits públicos elevados en determinadas economías, poderosos movimientos especulativos financieros, las dudas en torno a la apuesta por una verdadera integración europea y hasta de la continuidad de la propia moneda común (el euro), una nueva recaída en el crecimiento económico, la pérdida de confianza de la ciudadanía en sus propias instituciones, el desempleo en cotas históricas, la falta de coordinación y entendimiento respecto al tratamiento a aplicar por parte de las principales economías del mundo, definen un panorama preocupante.

Para hacer frente a esta situación, en Europa se viene dando prioridad a las políticas de consolidación fiscal, proponiéndose por toda solución políticas de ajuste, mientras en EE.UU. hay un mayor debate y hasta un apoyo a medidas de estímulo de la actividad económica. Por su parte, los países emergentes comienzan a sentir la crisis y piden a los países particularmente inmersos en ella, medidas urgentes y eficaces para reconducir la situación. La crisis afecta no sólo al funcionamiento del sistema económico, sino a la propia comprensión global de las sociedades actuales, y al tipo de futuro que pudiera aguardarles, con evidentes consecuencias en el futuro de los países y en la vida de las personas.

En un primer apartado del artículo, se señalarán algunas de las características que definen la actual crisis. En el segundo, se apuntarán aquellas formulaciones que pudieran plantear un futuro mejor. Y en el último apartado, se abordará un intento de conclusión.

2. En torno a la crisis

Tras la incorporación de China a la economía capitalista y la caída del Muro de Berlín, podemos decir que vivimos en un mundo globalizado cuyo sistema económico es enteramente capitalista; un sistema capitalista que ha entrado en su crisis más profunda desde los años treinta del pasado siglo.

2.1. La ilusión de la Nueva Economía

El economista Joseph Stiglitz (2010), profesor en la Universidad de Columbia y Premio Nobel de Economía 2001, venía alertando de los riesgos de la andadura del sistema económico crecientemente dominado desde el último tercio del siglo pasado por un sector financiero que consiguió cada vez mayores cotas de desregulación, y que ha sido uno de los factores fundamentales en la génesis de esta crisis.

La teoría económica moderna, con su fe en el libre mercado y en la globalización, había prometido prosperidad para todos. Se suponía que la tan cacareada Nueva economía –las sorprendentes innovaciones que marcaron la segunda mitad del siglo XX, incluyendo la desregulación y la ingeniería financiera– iba a hacer posible una mejor gestión de los riesgos, y que traería consigo el final de los ciclos económicos. Sin embargo, la ‘Gran Recesión’ –a todas luces la peor crisis económica desde la Gran Depresión de hace 75 años– ha hecho añicos estas ilusiones y nos está obligando a replantearnos unas ideas muy asentadas. Durante un cuarto de siglo han prevalecido determinadas doctrinas sobre el mercado libre: los mercados libres y sin trabas son eficientes; si cometen errores, los corrigen rápidamente. El mejor Gobierno es un Gobierno pequeño, y la regulación lo único que hace es obstaculizar la innovación. Los bancos centrales deberían ser independientes y centrarse únicamente en mantener baja la inflación.

2.2. La creciente brecha social: la tarea pospuesta

Como señala Stiglitz para el caso de EE.UU., con análisis extensible al resto del mundo occidental, esta crisis ha puesto al descubierto fisuras en nuestra sociedad, “entre Wall Street y Main Street, entre los Estados Unidos ricos y el resto de los ciudadanos”. En Estados Unidos, en los últimos treinta años, a los de arriba les ha ido muy bien, “mientras los ingresos de la mayoría de los estadounidenses se han estancado o han bajado. Las consecuencias se han ocultado; a los de abajo –e incluso a los de en medio– se les dijo que siguieran consumiendo como si sus ingresos aumentaran; se les instó a vivir por encima de sus posibilidades, mediante préstamos. Y la burbuja lo hizo posible”.

Y continúa señalando Stiglitz: en las últimas décadas se están produciendo una serie de cambios que, interactuando unos con otros, han alterado la naturaleza del mercado y nuestra sociedad; hemos abandonado

una perspectiva más equilibrada entre individuo y comunidad (incluido el Gobierno), una perspectiva más equilibrada entre las actividades económicas y las no económicas, un papel más equilibrado del mercado y del Estado, y hemos pasado de unas relaciones interindividuales basadas en la confianza a unas relaciones basadas en la aplicación de la ley.

Y mientras las principales economías debaten sobre cómo atender las urgencias provocadas por la crisis, poniendo en práctica medidas no coincidentes y en ocasiones hasta erráticas, la atención a cuestiones de fondo permanentemente abiertas queda pospuesta. En opinión de Stiglitz, la urgente atención a la crisis ha distraído a Estados Unidos y a una gran parte del mundo de problemas más de fondo que hubiera sido necesario afrontar. La lista es conocida: asistencia sanitaria, energía y medio ambiente, y especialmente, cambio climático, educación, envejecimiento de la población y declive industrial, un sector financiero disfuncional, desequilibrios globales, déficit comercial y financiero de Estados Unidos.

Mientras el país luchaba por superar la crisis inmediata, esos problemas quedaron aparcados. Algunos se han agravado. Pero los recursos que estaban disponibles para afrontarlos se han reducido sustancialmente por la forma errónea en que el Gobierno ha gestionado la crisis, especialmente por el dinero que ha derrochado para ayudar al sistema financiero... la restructuración de la economía no se hará espontáneamente. El Gobierno deberá desempeñar un papel fundamental.

2.3. La persistencia del ciclo económico; la 'banca en la sombra'

En opinión de Paul Krugman (2009), profesor en la Universidad de Princeton y Premio Nobel de Economía en 2008, contrariamente a lo que algunos parecían anunciar "los ciclos económicos no han desaparecido y, de hecho, estaríamos en una etapa de vuelta a la economía de la depresión". Una economía en la que "los fallos... por el lado de la demanda –gasto privado insuficiente para utilizar la capacidad productiva disponible– se han convertido en la limitación, clara y actual, de la prosperidad para una gran parte del mundo".

Y añade, aunque la depresión en sentido propio no ha vuelto, la economía de la depresión –los tipos de problemas que caracterizaron buena parte de la economía mundial en los años treinta, pero que no se han visto desde entonces– se ha instalado de una forma pasmosa. Hace cinco años era difícil que alguien pensara que los países modernos se verían obligados a soportar recesiones apabullantes por temor a los especuladores monetarios; que un gran país avanzado podría verse con persistencia incapaz de generar el gasto suficiente para mantener el empleo de sus trabajadores y de sus fábricas; que incluso la Reserva Federal se preocuparía por su capacidad para contener un pánico del mercado

financiero. La economía mundial se ha convertido en un lugar mucho más peligroso de lo que imaginábamos.

La razón principal, para este autor, es haber abandonado el 'pacto keynesiano', aquella intervención macroeconómica que –básicamente reduciendo tipos de interés y aumentando los déficits presupuestarios para luchar contra las recesiones– ha mantenido la economía libre de mercado, más o menos estable y con más o menos pleno empleo, a lo largo del tiempo.

Krugman atribuye gran responsabilidad en la génesis de esta crisis al modo de hacer "banca en la sombra", a ese conjunto de instituciones y acuerdos que funcionan como "bancos que no son bancos", que han escapado a los sistemas de regulación y que han estado, como en otras crisis históricas, en la génesis de la actual crisis financiera. En las últimas décadas, se sustituyó, de hecho, la adecuada regulación financiera por el culto a la denominada innovación financiera..., con las graves consecuencias que ello ha traído.

2.4. ¿Falsas evidencias? El manifiesto de los economistas aterrados; el decrecimiento

La crisis ha generado también un movimiento de respuesta intelectual, desde la propia economía, a los postulados que nos han llevado hasta donde estamos y a los que, en definitiva, seguirían influenciando las políticas que se aplican hoy como solución para el futuro. Ese movimiento ha dado a luz un 'manifiesto de economistas aterrados' (Askenazy *et al.*, 2011). El citado documento hace un repaso de las 'falsas evidencias' sobre las que se construyen los discursos dominantes en economía.

- La falsa evidencia de la eficiencia de los mercados financieros –no producen precios justos y son desestabilizadores– y de su papel en el crecimiento económico –que se cuestiona ya que el capital financiero habría roto el equilibrio histórico entre los distintos intereses en las empresas planteando unas exigencias de rendimiento del capital que provocan una presión a la baja en los salarios y en el poder adquisitivo, que no favorece la demanda–.
- La pretendida bondad de los mercados para valorar la solvencia de los Estados, cuestionando el papel de las agencias de calificación y el carácter no neutral de la evaluación financiera.
- La vinculación del alza excesiva de la deuda pública como consecuencia de un exceso de gasto: el déficit público medio en la zona euro era del 0,6% del PIB en 2007, pero los planes de salvamento de las instituciones financieras lo elevaron al 7% en 2010; la deuda pública pasó del 66% al 84% del PIB, pero ello provendría especialmente no de una tendencia al alza de los gastos públicos –puesto que, al contrario,

en proporción al PIB, éstos han permanecido estables, o han disminuido en la Unión Europea desde principios de los años noventa-, sino de la caída de los ingresos públicos, como consecuencia de la debilidad del crecimiento económico en ese período y de la contrarrevolución fiscal que la mayor parte de los Gobiernos han emprendido desde hace veinticinco años.

- La falsa evidencia de que la deuda pública traslada el precio de nuestros excesos a nuestros nietos, cuando más bien serían las rebajas fiscales de las últimas décadas las que generan una necesidad de endeudamiento que, en definitiva, es pago de intereses a clases acomodadas, poseedoras de esos títulos, desde presupuestos públicos.

Por su parte, autores como Carlos Taibo (2011) defienden la conveniencia de poner en práctica los principios y valores que se contemplan en la propuesta de decrecimiento. No sería sólo defender reducciones de niveles de producción y consumo en el Norte rico, propiciando actividades económicas que guardan relación con la atención de las necesidades sociales insatisfechas y con el respeto del medio natural, generando así oportunidades entre otros en ámbitos como el transporte colectivo, las energías renovables, o la agricultura ecológica, sino la defensa de principios y valores tales como la primacía de la vida social frente a la lógica frenética de la producción, el consumo y la competitividad, y en definitiva, frente al modo de vida esclavo al que sometería el sistema a la ciudadanía.

2.5. La gestión de la crisis; la pérdida de confianza

Stiglitz nos alerta sobre el hecho de que también se estarían haciendo mal las cosas en la gestión de la crisis y añade: “la duración de la crisis dependerá de las políticas que se apliquen. De hecho, los errores ya cometidos tendrán como consecuencia que la crisis económica sea más prolongada y profunda de lo que habría sido en otras circunstancias”. Así, el economista estadounidense muestra su preocupación por el hecho de que en algunas áreas importantísimas, en medio de la crisis, las cosas ya han empeorado. No sólo hemos alterado nuestras instituciones –favoreciendo una concentración aún mayor en las finanzas–, sino también las reglas del capitalismo. Hemos anunciado que, para las entidades beneficiadas, debe haber poca o ninguna disciplina de mercado. Hemos creado un sucedáneo de capitalismo con reglas poco claras, pero con un resultado predecible: futuras crisis; asunción de riesgos indebidos a expensas públicas, a pesar de que se prometa un nuevo régimen regulatorio; y mayor ineficiencia.

Una característica clara de la actual situación es la pérdida de confianza. De los ciudadanos hacia las autoridades, de los agentes económicos entre sí: de todos con todos, podríamos concluir. Aquellas instancias a las que atribuimos autoridad han demos-

trado ineptitud o interés malsano, o una combinación de ambas. Stiglitz subraya, en la comprensión de esta crisis la pérdida del sentido de comunidad y de la confianza. El modelo de feroz individualismo combinado con el fundamentalismo de mercado ha alterado no sólo la forma en que las personas se ven a sí mismas y sus preferencias, sino también su relación con los demás. En un mundo ferozmente individualista hay poca necesidad de comunidad y no hay necesidad de confianza. El Gobierno es un estorbo; es el problema, no la solución. Pero si las externalidades y los fallos del mercado están omnipresentes, la acción colectiva es indispensable, y el voluntarismo no será suficiente (sencillamente porque no hay ‘imposición’ ni manera de asegurarse de que la gente se comporte como debe). Pero lo peor es que el individualismo feroz combinado con el materialismo rampante ha minado la confianza. Incluso en una economía de mercado, la confianza es el lubricante que hace funcionar la sociedad.

2.6. La crisis económica que pasamos por alto

Para Jeremy Rifkin (2011), economista e investigador social, asesor de la Unión Europea y profesor en la Warton School de la Universidad de Pensilvania, desde la década de los 80 se estarían acumulando pruebas que evidenciarían el fin de lo que él denomina la Segunda Revolución Industrial, basada en el petróleo, los combustibles fósiles y las tecnologías construidas y alimentadas con esas fuentes de energía. En julio de 2008 el precio del petróleo alcanzaba un máximo histórico de 147 dólares por barril, siendo así que apenas siete años antes se estaba vendiendo a menos de 24 dólares el barril. Doscientos años de quemar carbón y consumir petróleo y gas han generado, a su vez, un cambio climático inducido por el ser humano que amenaza con efectos devastadores para la vida en el planeta.

Rifkin vincula estrechamente la burbuja del crédito y la deuda pública con el fin del petróleo barato y el previsto agotamiento de los recursos fósiles restantes. En la década de los ochenta se completó, según Rifkin, la Segunda Revolución Industrial, y a partir de ella, se vivió de los ahorros anteriores, agotándolos, en una espiral loca de consumo, propiciada por la cultura de la tarjeta bancaria. Así, en EE.UU. la tasa media de ahorro de las familias a comienzos de la década de los 90 estaba en torno al 8%, en el año 2000 era del 1%, y en 2007 muchos americanos gastaban ya más de lo que generaban. Fue entonces cuando se idearon por el sector financiero las hipotecas de alto riesgo (subpreferenciales), instrumento crediticio sin garantía real, que cuando la burbuja inmobiliaria estalló en 2007, generó la crisis financiera y económica posterior. Para este autor, en clave de futuro, la convergencia entre nuevos sistemas de comunicación y de energía que estaría comenzando a darse en nuestros tiempos –Internet y las energías renovables– sería la clave para crear una nueva y potente infraestructura para una Tercera Revolución Industrial que habría de cambiar el mundo.

2.7. Debilidad de los instrumentos de intervención; cambios en valores

Desde la sociología, Alain Touraine (2011), premio Príncipe de Asturias en Comunicación y Humanidades 2010, entiende que “la globalización del sistema económico debilita, sobre todo, los instrumentos de intervención que se habían formado en un marco nacional, especialmente la capacidad de regulación y de control de las relaciones entre los actores económicos por un Estado capaz de intervención tanto social como económica”.

En su opinión, la responsabilidad de la mala práctica en el sistema financiero es grande en la explicación de esta crisis. Hasta mediados de los setenta, los cuadros superiores y los directivos se remuneraban en función de la posición que ocupaban en la jerarquía de las cualificaciones. Brutalmente, la situación cambió. La apertura de los mercados y la concentración de las empresas condujeron a una evaluación de la actividad de los directivos y de los cuadros dirigentes a escala internacional. La Europa continental se alineó con ese modelo dominante... y rápidamente se hizo obvio que no es la actividad productiva la que enriquece, sino la especulación financiera. Así por ejemplo, en las últimas décadas, en Estados Unidos, las diferencias sociales se han incrementado significativamente pasando la renta de los grandes dirigentes de 40 a 400 veces el salario obrero medio. Por otra parte, “la atmósfera de consumo desenfrenado, alentada por las más altas instancias monetarias arrastraron a muchos estadounidenses por el torbellino de los créditos. Muchos particulares se endeudaron más allá de sus posibilidades de devolución, mientras el propio Estado norteamericano se endeudaba fuertemente con algunos países, especialmente con China”.

En opinión de Alain Touraine, la crisis “señala el catastrófico final de la era neoliberal, que había sustituido, a partir de mediados de la década de los 70, a la economía encauzada por el Estado, nacida después de la guerra, en una época en que únicamente los Estados disponían de los medios necesarios para la recuperación de los viejos países industriales y el despegue de la economía de los países descolonizados”. Para este sociólogo francés, “si podemos hablar de la sustitución de los actores sociales por unos actores morales, es en la confianza de que surja una sociedad donde el poder dominante de los financieros esté limitado por aquellos que se oponen a la lógica inhumana de la economía globalizada y por las intervenciones de los Estados, preocupados por frenar la irracionalidad de las maniobras especulativas y el incremento de las desigualdades sociales y del paro”.

Para Touraine, la crisis no sólo alcanza la gestión y la gobernanza del mundo económico, sino que interviene en la transformación de esta sociedad y de sus valores, marcada por un interés más limitado por el trabajo, el deseo declarado –sobre todo entre los jóvenes– de vivir experiencias personales más que de participar en tareas colectivas, a menudo desper-

sonalizadas, y la difusión de nuevos modos de comunicación en la era digital. Por eso es urgente elaborar nuevas categorías de análisis: cuanto más sea la crisis un teatro sin actores, más dependerá la salida de la crisis y la formación de una nueva sociedad de iniciativas que habrán de tomar los Gobiernos, o que impondrán las propias víctimas.

2.8. El individualismo a ultranza; la tiranía del presente

El individualismo exacerbado y la preocupación cuasi exclusiva por la inmediatez marcan nuestra época. Zigmunt Bauman (2011), sociólogo, profesor emérito en la Universidad de Leeds, señala que “hemos nacido en una sociedad absolutamente individualizada en la que la autonomía individual, la independencia y el egocentrismo eran axiomas que no requerían (ni aceptaban) demostración y permitían escasa, o nula, discusión”. Y añade que, en la crisis actual, “no sólo han sufrido un duro embate el sistema bancario y los índices del mercado de valores, sino que nuestra confianza en las estrategias vitales, los modos de conducta, y hasta los estándares de éxito y el ideal de felicidad que valía la pena perseguir se han trastocado, como si, de pronto, hubieran perdido una parte considerable de autoridad y atracción. Nuestros ídolos, las versiones modernas líquidas de las bestias sagradas bíblicas, se han ido a pique, junto con la confianza en la economía”.

Como dice el sociólogo Daniel Innerarity (2009), profesor en las Universidades de Zaragoza y La Sorbona, vivimos así con una “ligera desesperación”, en “sociedades de esperanza limitada”. “El comienzo del siglo XXI se destaca sobre un fondo de radical desconfianza”. Para este autor, otra característica negativa de las sociedades actuales sería la excesiva focalización en el presente de las sociedades avanzadas –“la tiranía del presente”–, aun a costa del futuro, que se convierte en basurero del presente, como “espacio de carga”, lugar donde se desplazan los problemas no resueltos para aliviar así el presente.

2.9. Pensar el Estado; una era del temor

Para el historiador Tony Judt (2010), no está tan claro que la globalización que estamos viviendo vaya a suponer la finalización del papel de los Estados-nación: “Ya deberíamos saber que la política sigue siendo nacional, incluso si la economía no lo es”. Y añade: “Si vamos a presenciar un retorno del Estado, una necesidad de mayor seguridad y recursos que sólo puede proporcionar un Gobierno, deberíamos prestar más atención a las cosas que pueden hacer los Estados... [ya que] sólo un Gobierno puede dar respuestas de la magnitud necesaria a los dilemas que presenta la competencia globalizada”.

Después de haber reducido el alcance de la propiedad y la intervención públicas durante los últimos

treinta años, nos encontramos aceptando *de facto* una acción estatal de tal magnitud como no se había visto desde la Gran Depresión. La reacción contra los mercados financieros no regulados y las ganancias grotescamente desproporcionadas de unos pocos en comparación con las pérdidas de tantos, han obligado al Estado a intervenir en todas partes. Y hay demasiados ámbitos en la vida en que hacer lo que más nos conviene a cada uno de nosotros no sea la mejor manera de satisfacer nuestros intereses colectivos. Hoy, cuando es tan evidente que el mercado y el libre juego de los intereses privados no redundan en beneficio colectivo, tenemos que saber cuándo intervenir.

El argumento a favor de revivir el Estado no se apoya únicamente en sus aportaciones a la sociedad moderna como proyecto colectivo; existe una consideración más urgente: “Hemos entrado en una era de temor. La inseguridad vuelve a ser un ingrediente activo de la vida política en las democracias occidentales. La inseguridad causada por el terrorismo, desde luego, pero también, de forma más insidiosa, el temor a la velocidad incontrolable del cambio, el temor al paro, el temor a perder terreno frente a otros en una distribución de recursos cada vez más desigual, el temor a perder el control de las circunstancias y rutinas de nuestra vida diaria. Y quizás, sobre todo, el temor de que no es sólo que nosotros no podemos dirigir nuestras vidas, sino que quienes ostentan el poder también han perdido el control, que ahora está en manos de fuerzas que se escapan a su alcance. [...] Es la creciente desigualdad en y entre las sociedades lo que genera tantas patologías sociales. Las sociedades con desigualdades grotescas también son inestables. Generan divisiones internas y, más pronto o más tarde, luchas intestinas, cuyo desenlace no suele ser democrático”.

Judt invita así no sólo a mirar críticamente el mundo en que vivimos, sino a actuar en congruencia con ese conocimiento, ya que de lo que se trata es de transformarlo.

2.10. Ideas en torno a la justicia

Si analizamos la situación actual desde la perspectiva de la filosofía política, el catedrático de Ciencias Políticas en la Universidad de Harvard, Michael J. Sandel (2011), hace un repaso de las principales ideas que se han manejado en torno a la justicia como criterio para orientar la actividad pública, exponiendo las principales aportaciones de la filosofía política a lo largo de la historia, para ayudar a enfocar así esta cuestión en la actualidad.

Desde Aristóteles y la vida buena como propósito de la polis y las instituciones de la vida social como medio para ese fin, junto a su elevado concepto de ciudadanía, “la política no es la economía por otros medios”; continuando con Kant, a favor de una teoría de la justicia apoyada en un contrato social basado en una idea de la razón, que cuente con el asenti-

miento de la ciudadanía, piedra de toque de la legitimidad de toda ley pública; pasando por Bentham y los utilitaristas con su propuesta de maximización de la felicidad; los libertarios con John Stuart Mill y la defensa a ultranza de la libertad individual con el único límite de no perjudicar a otros; hasta llegar a Rawls con su defensa de la igualdad y su propuesta del principio de la diferencia que permitiría las desigualdades que puedan favorecer el bien de los menos favorecidos.

En ese entramado de aportaciones históricas, Sandel identifica principalmente tres –las que pretenden maximizar el bienestar, las que abogan por respetar la libertad de elegir, y las que proponen cultivar la virtud y razonar acerca del bien común–, y se inclina por una versión de esta tercera visión, como veremos en el siguiente apartado.

3. Propuestas para una nueva hoja de ruta

Destacamos en este apartado algunas de las aportaciones que se proponen para afrontar el futuro de manera más saludable.

3.1. Reequilibrar el papel del Estado y del mercado, del individuo y de la comunidad

En opinión de Stiglitz, los mercados son la base de cualquier economía próspera, pero no funcionan bien por sí solos. Es necesario que el Gobierno desempeñe un papel, y no sólo rescatando la economía cuando los mercados fallan y regulándolos para evitar el tipo de fracasos que acabamos de experimentar. Las economías necesitan un equilibrio entre el papel de los mercados y el papel del Gobierno, con importantes contribuciones por parte de las instituciones privadas y no gubernamentales. En los últimos veinticinco años, Estados Unidos ha perdido ese equilibrio y ha impuesto su perspectiva desequilibrada en países de todo el mundo.

Stiglitz llama a aprovechar la oportunidad de la crisis para recuperar el equilibrio entre el mercado y el Estado, el individualismo y la comunidad, el hombre y la naturaleza, los fines y los medios. Para este autor, la crisis financiera demostró que los mercados financieros no funcionan bien de manera automática, y que los mercados no se autorregulan. Pero la lección es más general y va más allá de los mercados financieros. El Gobierno tiene un importante papel que jugar. La ‘revolución’ de Reagan y Thatcher denegó ese papel. El intento equivocado de reducir el papel del Estado ha dado como resultado una intervención del Gobierno como nadie había previsto ni siquiera durante el *New Deal*. Ahora tendremos que reconstruir una sociedad donde el papel del Gobierno y el papel del mercado estén más equilibrados. Un mayor equilibrio puede llevarnos a una economía más eficiente y más estable.

3.2. Abordar seis retos económicos de envergadura

Según Stiglitz, el mundo enfrenta en la actualidad seis retos económicos de envergadura.

- La brecha entre la demanda y la oferta global. La capacidad productiva mundial está infrautilizada, en un mundo en el que existen muchas necesidades sin cubrir. La infrautilización más grave es la de recursos humanos: más allá de 240 millones de desempleados en todo el mundo a causa de la recesión, hay miles de millones de personas que no tienen formación para poder utilizar plenamente su potencial humano, y muchas que están formadas no tienen un empleo acorde con sus capacidades.
- El cambio climático. Por primera vez en la historia, el ser humano es capaz de inducir un cambio climático de potenciales efectos devastadores para la vida en el planeta.
- Los llamados ‘desequilibrios globales’, que plantean un problema para la estabilidad mundial. Una parte del mundo está viviendo por encima de sus posibilidades; la otra parte produce mucho más de lo que consume.
- El enigma industrial, que utiliza sus aumentos de productividad para reducir empleos en la industria, tradicionalmente cualificados, sustituyéndolos demasiadas veces por empleos no cualificados en el sector servicios.
- La desigualdad. En la mayoría de los países la desigualdad aumenta y la globalización es uno de los factores que ha contribuido a ello. En las economías avanzadas, aumenta el número de pobres, las clases medias sufren crecientemente, y la brecha entre ricos y pobres se hace cada vez mayor. Mientras tanto, mil millones de personas pasan hambre en el mundo. Como señala Stiglitz, más allá del problema humanitario, “el crecimiento desigual contribuye a agravar el problema de la falta de demanda agregada, ya que el dinero va de aquellos que lo gastarían a los que tienen más del que necesitan”.
- La estabilidad. El aumento de la inestabilidad financiera se ha convertido en un problema cada vez más importante. A pesar de los pretendidos avances del sistema, las crisis han sido más frecuentes y más graves.

3.3. Un nuevo modelo económico; la oportunidad de la crisis; la reforma financiera

Para Joseph Stiglitz, será necesario construir un nuevo modelo económico; la sostenibilidad exigirá poner menos énfasis en los bienes materiales para aquellos que están consumiendo demasiado y una reorientación hacia las actividades innovadoras. A escala planetaria, una parte excesiva de la innovación mundial se ha orientado a ahorrar trabajo y una parte insuficiente a ahorrar recursos naturales y a proteger el medio ambiente, lo cual apenas es sorprendente

dado que los precios no reflejan la escasez de estos recursos naturales. Aboga por “crear un nuevo sistema financiero que sirva para aquello que los seres humanos necesitan de un sistema financiero; la oportunidad de crear un nuevo sistema económico que genere empleos significativos, trabajo decente para todos los que lo quieran, un sistema en el que la brecha entre los que tienen y no tienen se estreche en vez de agrandarse; y, lo más importante de todo, la oportunidad de crear una nueva sociedad en la cual cada persona pueda realizar sus aspiraciones y desarrollar todo su potencial, en la cual los ciudadanos compartan ideas y valores, en la cual hayamos conseguido una comunidad que trate nuestro planeta con el respeto que sin duda a largo plazo exigirá. Estas son las oportunidades. El peligro real ahora es que no las aprovechemos”.

Para Paul Krugman, “lo que el mundo necesita ahora es una operación de rescate. El sistema global de crédito se encuentra en una situación de parálisis y [...] la depresión global está cogiendo impulso”. Para hacer frente a los peligros que nos amenazan, “los políticos tienen que hacer dos cosas: conseguir que el crédito vuelva a fluir y fomentar el gasto”. Y añade que “aun cuando el rescate del sistema financiero empiece a devolver a la vida a los mercados crediticios, seguiremos enfrentándonos a una depresión global que está cogiendo impulso”. ¿Qué debemos hacer al respecto? “La respuesta es, casi con total seguridad, recuperar los viejos estímulos fiscales keynesianos”. El nuevo plan debería ser más amplio que las medidas adoptadas hasta la fecha –situarse en torno al 4% del PIB frente al 1% de lo ya llevado a cabo– y “centrarse en mantener y ampliar el gasto del Gobierno”.

Asimismo propone Krugman una profunda reforma financiera: “Vamos a tener que aprendernos de nuevo las lecciones que la Gran Depresión enseñó a nuestros abuelos”. El nuevo régimen regulador ha de tener un nuevo principio básico: todo aquello que deba ser rescatado durante una crisis financiera porque desempeña un papel esencial en el mecanismo financiero debe estar sujeto a regulación cuando no hay una crisis, para evitar así que incurra en unos riesgos excesivos”. Y concluye, “todavía no está claro cómo ha de ser la nueva respuesta que demos, pero es evidente que la globalización financiera ha acabado siendo más peligrosa de lo que nos figuramos”.

3.4. Otro tipo de medidas ante la crisis; otra forma de crecer

Los autores del manifiesto de economistas al que antes se ha hecho referencia ofrecen su argumentación en contra de lo que, en su opinión, serían falsas evidencias, a las que se ha hecho alusión en el apartado anterior, y proponen medidas en orden a la reforma financiera y el control de la especulación; medidas de política fiscal redistributiva; de regulación de las agencias de calificación de riesgo, abogando por un papel más activo del Banco Central

Europeo en la adquisición de títulos públicos en la Unión, el análisis de la deuda pública para determinar su origen y la identidad de los principales poseedores de títulos de deuda; la defensa e incremento de políticas de intervención pública en protección social, educación, investigación, reconversión ecológica, sostenibilidad; poner límites a la libre circulación de capitales y mercancías entre la Unión Europea y el resto del mundo; basar las políticas europeas en una ‘armonización en el progreso’ que incorpore indicadores de progreso social (GOPS, grandes orientaciones de política social); asegurar la concertación entre las políticas macroeconómicas y una reducción concertada de los desequilibrios comerciales en Europa, y poner en marcha una fiscalidad europea que favorezca la homogeneización en los Estados de la Unión; y la puesta en marcha de un vasto plan europeo para la reconversión ecológica europea.

Para Niño Becerra (2009), “tendremos que cambiar el modo como deben hacerse las cosas [...] hay que modificar la manera de funcionar porque la antigua se agotó por una razón fundamental: es una manera de hacer las cosas absolutamente ineficiente”. Y, añade este autor, nos hemos perdido un proceso de desarrollo equilibrado, de crecimiento sostenible, lo hemos perdido sin llegar a tenerlo. El proceso se ha basado en algo muy simple: “el deseo de ir a más sin pensar en las consecuencias, sin tener que responsabilizarnos de ellas”. Hoy, cuando aceptamos que “las reservas de *commodities* no son inagotables, y cuando ya no se puede continuar suponiendo que la capacidad de endeudamiento es infinita”, habrá que hacer las cosas de otra manera. Hoy la tendencia apunta hacia la buena administración, hacia el no-desperdicio, hacia lo necesario, hacia la eficiencia, hacia la productividad. Pero eso equivale al fin de ese bienestar sustentado en el desperdicio, por insostenible”.

Los defensores de la idea del decrecimiento, por su parte, plantean el reparto del trabajo, el establecimiento de una renta básica de ciudadanía, la reducción del tamaño de muchas de las infraestructuras productivas, administrativas y de transporte, la recuperación de muchos elementos de la vida local, avanzar hacia un ocio creativo frente a las formas de ocio vinculadas con el dinero y el consumo, y, en el terreno individual, la recuperación de la sobriedad y la sencillez, e incluso la reivindicación de la lentitud, como aspecto articulador de una vida social recuperada.

3.5. Los pilares de la Tercera Revolución Industrial

Para Rifkin, los pilares de lo que él denomina ‘Tercera Revolución Industrial’ deberían ser los siguientes: “la transición hacia la energía renovable; la transformación del parque de edificios de cada continente en microcentrales eléctricas que recojan y reaprovechen *in situ* las energías renovables; el despliegue de la tecnología del hidrógeno, y a lo largo y ancho de la red de infraestructuras, para acumular energías

como las renovables, que son de flujo intermitente; el uso de la tecnología de Internet para transformar la red eléctrica de cada continente en una ‘interred’ de energía compartida que funcione exactamente igual que Internet; y la transición de la actual flota de transportes hacia vehículos de motor eléctrico con alimentación de red y/o con pilas de combustible, capaces de comprar y vender electricidad dentro de una red eléctrica interactiva continental de carácter inteligente”.

Estos pilares generarían una economía colaborativa, a partir de la naturaleza distribuida de las energías renovables, que precisaría de mecanismos colaborativos (no jerárquicos) de control y mando.

Para este autor, serán necesarias cuatro décadas de intensa colaboración público-privada para preparar las infraestructuras de la Tercera Revolución Industrial, que, hacia mediados del siglo, podrían detener el deterioro medioambiental. El despliegue de estas nuevas infraestructuras y la sociedad que devendrá permitirá generar millones de empleos y un futuro sostenible para la humanidad. Se avanzará así en la construcción de nuevo capitalismo distribuido, articulado sobre un régimen energético ‘lateral’ democratizado, que hará posible una economía colaborativa.

La Tercera Revolución Industrial hará que apreciemos nuestra suerte común como especie, avanzando hacia un ideal de calidad de vida que apunta a un nuevo ideal de futuro, basado en el interés colectivo, en la conectividad y en la interdependencia. Así la libertad se medirá en la riqueza y diversidad de las experiencias de la persona y en la fortaleza de sus vínculos sociales. Para este autor, cuanto más solitaria es la existencia, menos vivida es la vida.

3.6. Propuestas de otros Nobel de Economía

En el *XL Semanal* del 6 de noviembre de 2011 (Sánchez, 2011), leíamos las propuestas de diversos premios Nobel de Economía para superar el actual estado de cosas. Desde cobrar el IVA a las transacciones financieras, como propone James Mirlees, que obtuvo el Nobel por hallar una fórmula para que los impuestos fueran más justos. Este matemático no entiende por qué comerciantes y consumidores deben pagar el IVA en las compraventas y, sin embargo, los grandes fondos pueden hacer inversiones millonarias sin tributar: “Es hora de cobrarles una tasa: no basta con vigilar a los bancos. Lo importante es que todas estas estúpidas derivadas han dado beneficios millonarios a unos individuos que no han aportado riqueza a la sociedad. ¡El sistema premia a los que se arriesgan porque no pagan las consecuencias!”.

Para John F. Nash, “crear una moneda mundial nos daría estabilidad”. Propone un sistema cambiario basado en una moneda ideal, que sirva para estabilizar las monedas nacionales, basando el tipo de cam-

bio en una cesta de valores sólidos y no en un solo valor, si bien, añade, “desconfía de los políticos que deberían administrar esta moneda ideal. La honradez es importante. Y si la moralidad de los banqueros tampoco es muy alta, sus conocimientos financieros no bastan para proteger las entidades que dirigen”.

El alemán Reinhard Selten plantea establecer reglas sencillas al sector financiero, cuyo cumplimiento no se pueda eludir, impidiendo que “bajo ningún concepto se permita que los bancos deslocalicen los negocios altamente especulativos, utilizando sociedades ubicadas en países sometidos a reglas menos estrictas”. Propone también por ejemplo, “que las acciones estén señalizadas con etiquetas que indiquen su índice de riesgo”, como en el caso de los alimentos.

Roger B. Merson, catedrático de la Universidad de Chicago, sugiere “regular para que el sistema financiero sea aún más seguro” y “establecer un plan público de inversión en carreteras, colegios, hospitales... que pongan a trabajar a los millones de personas desempleadas”, entendiendo como justo que las próximas generaciones hayan de contribuir a pagar parte de la deuda contraída, ya que “a cambio disfrutarán de mejores infraestructuras”. Edmund S. Phelps propone que “los Estados creen un nuevo tipo de bancos que financien a los innovadores”, y proporcionen capital a los emprendedores, “esto aseguraría la inversión en nuevos productos y tecnologías”.

Otros premios Nobel, que fueron preguntados por esta publicación, aportaron otras ideas, cada cual desde su propia perspectiva, y en ocasiones claramente discrepantes. Señalar, por último, la aportación de Daniel L. McFadden quien asegura que “esta crisis fue el resultado de una regulación inadecuada y una expansión del crédito exagerada”. Y añade, “pero el fallo esencial es moral. En la carrera por lograr beneficios hemos olvidado que un banquero tiene que proteger los intereses de su clientes”. Es partidario de aplicar un impuesto a los mercados financieros: “El coste de estas transacciones se ha reducido mucho gracias a la informática. Y esto ha generado una explosión enorme en el volumen de negocio. La mayoría de estos tratos apenas reporta nada a la sociedad; por el contrario, se desvían recursos al sector financiero. Unas tasas modestas, como las que había hace 20 años, ayudarían al sector público a reducir su déficit”.

3.7. Catástrofe, o regeneración democrática basada en derechos

Alain Touraine sólo percibe dos posibles salidas a la crisis: “una, la catástrofe, al menos en Europa; y la otra, la creación de una nueva vida social, basada no ya en una redistribución de la renta nacional, sino en la consolidación de la defensa de los derechos universales del hombre como única arma posible contra el aparente triunfo de la economía globalizada”.

Más en concreto apunta cinco conclusiones. El primer objetivo debe ser la reconstrucción de una sociedad en la que los líderes de la economía se vean obligados por el Estado a tener en cuenta las reacciones y los intereses de la población. En segundo lugar, Touraine plantea la necesidad de asumir la imposibilidad de regresar al pasado. Las sociedades industriales han sido heridas de muerte. No es posible devolverles la vida. En tercer lugar, o nos abandonamos a las crisis hasta la catástrofe final, o bien construimos un nuevo tipo de vida económica y social, abogando por avanzar en un proyecto de construcción de nuevas relaciones sociales y de nuevas instituciones.

Su cuarta conclusión, a la que da mayor peso, es aquella en la que aboga por el derecho a la libertad y al reconocimiento por los otros de esta libertad, al mismo tiempo que a las identidades sociales y culturales que se ven amenazadas por el mundo inhumano del beneficio. Propone este sociólogo francés, “volver a dar vida a un humanismo respetuoso con las exigencias de todos los seres humanos”.

Por último, propone la reconstrucción de las relaciones entre los actores económicos, y la formulación de sus valores comunes y de nuevas intervenciones públicas. Y añade, “hay que proclamar sobre todo que la democracia, que transforma a los trabajadores en ciudadanos responsables, es la condición primera para la recuperación económica y social, al menos en los países que ya han elegido la libertad política contra el totalitarismo”.

3.8. ‘Configurabilidad’ del futuro y papel de las instituciones

Daniel Innerarity, a partir del actual desencantamiento respecto de la política, y para poder enfrentar la insoslayable tarea a la que se enfrentan las sociedades de configurar el futuro, propone adoptar una perspectiva de un escepticismo más bien optimista, que introduzca el futuro en la lógica política, enfrentando ese reto con una esperanza razonable, en la confianza de la ‘configurabilidad’ del futuro por parte del ser humano. “La idea de que no se puede hacer nada frente a la globalización es una disculpa de la pereza política”. Hemos abandonado la idea de progreso, como algo mecánico, cierto, inexorable, y “tras la disolución de la idea de progreso tenemos la oportunidad de pensar mejor el futuro y cultivar una esperanza mejor fundada. La crisis de una determinada concepción del progreso no tendría que suponer la crisis del progreso como tal. [...] Configurar una suerte de responsabilidad respecto del futuro es una tarea para la cual resulta fundamental la política. El problema estriba en que el futuro es políticamente débil, ya que no cuenta con abogados poderosos en el presente, y son las instituciones las que deben hacerlo valer”.

Para Innerarity, la tarea principal de la política democrática es la de establecer la mediación entre

la herencia del pasado, las prioridades del presente y los desafíos del futuro. Y añade, “hay que volver a situar el futuro en un lugar privilegiado de la agenda de las sociedades democráticas. El futuro debe ganar peso político”, definiendo el espacio de la política como “el arte de transformar las limitaciones en oportunidades”.

3.9. Del modelo centrado en el individuo a otro fundado en la ética y la relación; la Nueva Vía de Morin

Para Zigmunt Bauman, a partir de la crisis “hay quien predice una rápida proliferación de los problemas de salud mental”, o la “militarización del yo”, en la que fármacos de nueva generación ofrezcan al individuo un “bienestar maravilloso” en las fronteras de su propio yo. Pero existe, en su opinión, una tercera posibilidad: “existe la opción de profundizar en las raíces del presente problema, y [...] hacer lo contrario de aquello a lo que nos hemos acostumbrado. Invertir el modelo de organización del pensamiento, antes centrado en el ‘individuo’, sustituyéndolo por otro que gire en torno a la práctica ética y estética que favorezca la relación y el contexto”.

Edgar Morin (2011), director emérito de investigaciones en el Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS) de Francia, subraya la íntima interdependencia entre las reformas políticas, económicas, educativas y vitales, que se necesitan entre sí para hacer avanzar a la humanidad. Desgrana las reformas del pensamiento y de la educación, las reformas de nuestra concepción de la humanidad –medicina y salud, ciudad y hábitat, alimentación, consumo, trabajo– y las reformas de vida –familia, moral, vejez y envejecimiento–, que, basadas en una nueva economía, verde, social y solidaria, podrían alumbrar una nueva andadura para la humanidad.

Destaca el papel que pueden jugar las múltiples iniciativas dispersas –ignoradas por los partidos, las administraciones y los medios– que se dan en la base de las sociedades civiles, cuya eventual convergencia podría ayudar a conformar una Nueva Vía para mejorar “el gran problema de la humanidad, el de las relaciones entre individuos, grupos y pueblos, muchas veces monstruosas y miserables”, y plantea en el actual estadio de la civilización humana, diversos “principios de esperanza” que le llevan a pensar en la posibilidad de establecer una Nueva Vía de la humanidad que le permitiera alcanzar la armonía a la que aspira.

Morin confía en las virtudes generadoras/creadoras inherentes a la humanidad: “La conciencia de que todos los grandes movimientos transformadores empiezan siempre, incluso en las sociedades esclerosadas, de forma marginal, desviada, modesta, nos muestra que las innovaciones creadoras son posibles siempre y en todas partes”. Así, para este autor, se

ha establecido una voluntad de responder a la globalización tecnoeconómica con un altermundismo, término que hay que entender literalmente como una aspiración a otro mundo, que podría conducir a la elaboración de una verdadera “política de humanidad”. Para Morin, “la esperanza ha resucitado en el corazón mismo de la desesperación”.

3.10. Una nueva política del bien común

En opinión de Michael Sandel, deberíamos orientar la actuación pública a partir de una nueva política del bien común, que debería, en primer lugar, cultivar la virtud cívica, propiciando en los ciudadanos una preocupación por el conjunto, una dedicación al bien común, convocándoles a alguna forma de sacrificio compartido y de servicio a la comunidad. De cara al fomento de la virtud cívica, señala el papel que tradicionalmente ha jugado la escuela pública como lugar para la educación cívica, por lo que aboga por su refuerzo y dignificación.

En segundo lugar, debería establecer límites morales a los mercados. Los mercados son instrumentos útiles para organizar la actividad productiva, pero “a no ser que queramos que el mercado escriba las normas que gobiernan las instituciones sociales, necesitaremos un debate público sobre los límites morales del mercado”.

En tercer lugar, debería darse peso político a cuestiones tales como la desigualdad, la solidaridad y las virtudes cívicas. “Una brecha excesiva entre ricos y pobres socava la solidaridad que la ciudadanía democrática requiere”. Por lo siguiente, “a medida que aumenta la desigualdad, ricos y pobres viven vidas cada vez más separadas. Así, “el vaciado de la esfera pública dificulta que se cultiven la solidaridad y el sentimiento comunitario de los que depende la ciudadanía democrática”. Por ello propone Sandel que la generación presente apueste por invertir “en infraestructuras para la renovación cívica”: escuelas públicas a las que tanto ricos como pobres quieran enviar a sus hijos, sistemas de transporte público, hospitales, parques, polideportivos, bibliotecas y museos que lleven a la gente “a los espacios comunes de una ciudadanía democrática compartida”.

En cuarto y último lugar, propone una política del compromiso moral. El profesor de Harvard ve factible guiar nuestra política por la vía del respeto mutuo, si trabajamos por “una vida cívica más robusta y comprometida que ésta a la que nos hemos acostumbrado”. En su opinión, una más decidida implicación pública en nuestras discrepancias morales proporcionaría un fundamento más sólido, no más débil, al respeto mutuo. “Una política basada en el compromiso moral no sólo es un ideal que entusiasma más que una política de la elusión. Es también un fundamento más prometedor de una sociedad justa”.

4. A modo de conclusión

Concluir en torno a la actual crisis no es tarea fácil, ante la profundidad y complejidad de su naturaleza y consecuencias. Al pretender extraer alguna conclusión en su vertiente económica, por otra parte, recuerdo el consejo del profesor de economía que nos decía, “a lo largo de su vida profesional se encontrarán con mucha gente que les diga, yo no sé nada de economía [...], pero aquí lo que hay que hacer es [tal o cual cosa], [...] háganle sólo caso a sus primeras palabras [...] yo no sé nada de economía”. No libre del desconocimiento al que aludía el profesor, y aun a riesgo de no atender debidamente su consejo, creo que cabe concluir algunas ideas de la mano de los autores a los que hemos recurrido a lo largo de este artículo.

En la génesis de la actual crisis se identifican problemas que tienen que ver con la pérdida de control público de la economía en el nuevo escenario de la globalización, la desregulación financiera, los límites del modelo energético basado en los derivados del carbono, la desigualdad extrema en un mundo cada vez más interconectado, y los propios valores que el sistema contribuye a establecer como orientadores. Lamentablemente, no hay acuerdo suficiente en qué es lo que hay que hacer para salir de esta situación. Se discrepa, fundamentalmente, entre medidas que den absoluta prioridad a la consolidación fiscal, aquellas otras que aún aceptando su importancia la modulan entendiendo la necesidad de complementarla con políticas públicas de estímulo, y las que abiertamente defienden como prioridad intervenciones públicas extraordinarias de estímulo de la economía.

Los ciudadanos, mientras tanto, han perdido confianza a raudales en las instituciones de las que se han dotado. Por ello, las sociedades necesitan una regeneración democrática, y el establecimiento de objetivos comunes para cuya consecución se activen las capacidades disponibles, hoy infrautilizadas, orientándolas a la satisfacción de las ingentes necesidades pendientes de la humanidad, en la que dos mil millones de habitantes viven con menos de dos dólares al día y en los cinco mil millones restantes hay mucho por hacer hasta lograr unos estándares de dignidad adecuados.

Se sabe bien que el funcionamiento del sistema económico no es una ley física de obligado cumplimiento. Es posible hacer las cosas de manera distinta a como se vienen planteando en las últimas décadas. La economía no es, ciertamente, una ciencia exacta, y será necesario establecer un consenso técnico, y finalmente político, sobre lo que hay que hacer para salir de esta situación y para construir un mundo más justo a futuro.

Para Ramón Tamames (2011), el porvenir no está predeterminado, “el futuro dependerá de lo que sean las políticas económicas aplicadas”, aunque lamenta que “en Economía no se dispone de las pacíficas

armas precisas para abordar de inmediato y de manera eficaz los nuevos y enjundiosos problemas de un mundo cada vez más complicado”. En opinión de Krugman “hay quien dice que nuestros problemas económicos son estructurales y no tienen solución a corto, pero yo creo que”, como en los tiempos de Keynes, “los únicos obstáculos estructurales para la prosperidad del mundo son las doctrinas obsoletas que pueblan la cabeza de los hombres”.

Para Stiglitz, por su parte, “puede que la batalla entre el capitalismo y el comunismo haya terminado, pero las economías de mercado tienen muchas modalidades y la competición entre ellas sigue siendo feroz”. Así, señalaba en un artículo publicado en *El País* el 9 de octubre de 2011: “la receta para el mal que aqueja a la economía global se deduce inmediatamente a partir del diagnóstico: hacen falta sólidos programas de gasto público que apunten a facilitar la reestructuración, promover el ahorro energético y reducir la desigualdad; y junto con esto, una reforma del sistema financiero internacional que cree alternativas a la acumulación de reservas [...]. Tarde o temprano, los líderes mundiales (y los votantes que los eligen) se darán cuenta de que es así, ya que, conforme las perspectivas de crecimiento sigan empeorando, no les quedará otra alternativa. Pero, ¿cuánto sufrimiento deberemos soportar hasta que eso ocurra?”.

El equilibrio entre una sociedad económicamente competitiva y socialmente cohesionada debe seguir siendo objetivo estratégico de toda sociedad democrática. En esa labor, la ciudadanía ha de jugar un papel activo, probablemente a través de fórmulas novedosas de participación y supervisión –que pudieran surgir de los movimientos ciudadanos ‘indignados’, y de la indignación, hoy por hoy no articulada, de muchos otros ciudadanos–, que complementen o mejoren el sistema tradicional de representación democrática, velando por los intereses de las mayorías sociales.

Al inicio de la segunda década del siglo XXI, es imprescindible y urgente un análisis global de los problemas que aquejan a la humanidad, que dé respuestas a problemas como el hambre y la desigualdad extrema y creciente, que no pueden esperar más porque está en juego la propia dignidad humana. Cuando la humanidad alcanza los 7.000 millones de habitantes, una hipotética solución para una parte –minoritaria– de la población mundial no es una verdadera solución. Por el contrario, plantear adecuadamente las premisas a escala global será condición *sine qua non* del éxito de los nuevos planteamientos a aplicar.

Europa tiene la oportunidad de aprovechar esta situación para avanzar en una más efectiva integración económica y política, con sus dos caras, eficiencia económica y cohesión social, en pie de igualdad. Sólo así recuperará, en opinión de los economistas firmantes del manifiesto al que hemos hecho referencia, la legitimidad popular y democrática de la

que hoy carecería. Los Estados del sur de Europa, que no han alcanzado un nivel de bienestar equiparable al de los más avanzados países europeos, tienen en el logro de ese objetivo un reto legítimo, que deberá venir acompañado de una decidida modernización de sus estructuras productivas y de sus entramados administrativos públicos, y una adecuación de sus políticas fiscales, de manera de hacer sostenible un tipo de sistema público de prestaciones propio de los países de referencia.

En España, en opinión de Ramón Tamames, se reaccionó tarde y mal a la crisis, y no “se elaboró una verdadera estrategia para salir del marasmo económico y consagrar un nuevo modelo de desarrollo, más ágil y de más elevadas productividad y competitividad, en contra de lo que sucedió en tres ocasiones anteriores de la política económica española: Plan de Estabilización de 1959, Pactos de La Moncloa de 1977, y Programa 1996/98 para incorporarnos al euro”.

En el País Vasco, una mejor situación relativa en referencia al conjunto del Estado, no puede ocultar la tarea pendiente en orden a la mejora de la competitividad de su economía y a la consolidación de un modelo social avanzado, demandado por la ciudadanía.

Resolver la situación actual no es tarea fácil y tampoco lo es diseñar una hoja de ruta para evitar que cosas como estas no ocurran en el futuro, y, en definitiva, para diseñar un futuro digno para todos. Sin embargo, en algún lugar en las coordenadas que nos plantean estos autores –en el equilibrio entre el papel del mercado y el del Estado, el del individuo y el de la comunidad; en la necesidad de una profunda reforma financiera; en las energías renovables; en la recuperación del control democrático de la economía y las nuevas formas de participación social, gobernanza y arquitectura institucional; en la activación de las capacidades productivas y su orientación a la

satisfacción de las necesidades humanas insatisfechas; en el no desperdicio, en la buena administración, en la eficiencia; en la innovación; en una justa política fiscal; en el trabajo digno; en la incorporación del futuro en la lógica política–, una nueva formulación del bien común, basada en la decencia y la sensatez, es necesaria y posible, un nuevo contrato social para todos los habitantes del planeta, para, aún inmersos en esta profunda crisis, establecer la hoja de ruta para su superación y el logro de una nueva forma de organizar los fundamentos económicos y sociales.

Según el físico Stephen Hawking (2010), la ciencia estaría próxima a confirmar experimentalmente la teoría unificada que permita al ser humano comprender las leyes que nos rigen a nosotros y al universo, teoría única “que predice y describe un vasto universo lleno de la sorprendente variedad que observamos”. A esa teoría, Hawking se refiere como el Gran Diseño. Pues bien, la economía, sin determinismos propios de otros modelos, también necesitaría un a modo de “Gran Diseño”, un nuevo diseño que incorporando en su propia esencia criterios éticos, dé respuestas sostenibles a los intereses del conjunto de la humanidad.

Para los autores reseñados, más allá de medidas de orden concreto, algunas de las cuales han sido señaladas, las claves para resolver la actual situación y establecer nuevos fundamentos económicos y sociales más saludables, tienen que ver fundamentalmente con recuperar la democracia y su función de control de la economía; subrayar valores como los derechos humanos, la protección del medio ambiente, la justicia en todo el planeta; formar a la gente en la preocupación por el conjunto –cultivar la virtud cívica–; poner límites morales a los mercados; no dar por aceptable la desigualdad existente y defender la solidaridad.

- ASKENAZY, P.; *et al.* (2011): *Manifiesto de economistas aterrados*, Barcelona, Ediciones Barataria; Madrid, Pasos Perdidos.
- BAUMAN, Z. (2011): *Cuarenta y cuatro cartas desde el mundo líquido*, Barcelona, Paidós.
- HAWKING, S.; y MLODINOW, L. (2010): *El Gran Diseño*, Barcelona, Crítica.
- INNERARITY, D. (2009): *El futuro y sus enemigos. Una defensa de la esperanza política*, Barcelona, Paidós.
- JUDT, T. (2010): *Algo va mal*, Madrid, Taurus.
- KRUGMAN, P. (2009): *El retorno de la economía de la depresión y la crisis actual*, Barcelona, Crítica.
- MORIN, E. (2011): *La vía: para el futuro de la Humanidad*, Barcelona, Paidós.
- NIÑO BECERRA, S. (2009): *El crash del 2010: toda la verdad sobre la crisis*, Barcelona, Los Libros del Lince.
- RIFKIN, J. (2011): *La tercera revolución industrial. Cómo el poder lateral está transformando la energía, la economía y el mundo*, Barcelona, Paidós.
- SÁNCHEZ, C. M. (2011): “Señores premios Nobel de Economía, ¿cómo salimos de la crisis?”, *XL Semanal* [http://xlsemanal.finanzas.com/web/articulo.php?id=74298&id_edicion=6967].
- SANDEL, M. J. (2011): *Justicia: ¿hacemos lo que debemos?*, Madrid, Debate.
- STIGLITZ, J. E. “La cura para la economía”, *El País* [[http://www.elpais.com/articulo/primer/plano/cura/economia/elpeueconeg/2011009elpn\[eglse_14/Tes\]](http://www.elpais.com/articulo/primer/plano/cura/economia/elpeueconeg/2011009elpn[eglse_14/Tes])].
- (2010): *Caída libre. El libre mercado y el hundimiento de la economía mundial*, Madrid, Taurus.
- TAIBO, C. (2011): *El decrecimiento explicado con sencillez*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- TAMAMES, R. (2011): *¿Cuándo y cómo acabará la crisis? (Tractatus logicus economicus)*, Madrid, Turpial.
- TOURAINÉ, A. (2011): *Después de la crisis. Por un futuro sin marginación*, Barcelona, Paidós.